

—Usted tratará por su cuenta con los periódicos; pero no nos engañe, porque, de lo contrario, tendremos un duelo á muerte. Deles siempre el dinero que les prometa.

Popinot miró al autor con aire inquieto. Las gentes verdaderamente comerciales contemplan á un autor movidas por un sentimiento que participa del terror, de la compasión y de la curiosidad. Aunque Popinot estuviese bien educado, las costumbres de sus parientes y sus ideas, y los embrutecedores cuidados de una caja y de una tienda, habían modificado su inteligencia sometiéndola á los usos y costumbres de su profesión, fenómeno este que puede observarse en las metamorfosis sufridas al cabo de diez años por cien compañeros que han salido juntos del colegio. Finot tomó la inquietud de Popinot por admiración.

—Antes de comer, acabemos el prospecto, y así podremos comer sin cuidado—dijo Gaudissart.—Después de comer se lee mal, porque la lengua también digiere.

—Señor—dijo Popinot,—un prospecto es á veces toda una fortuna.

—Y para los plebeyos como yo, la fortuna no es más que un prospecto—dijo Finot.

—¡Magnífico!—dijo Gaudissart.—Este maldito Finot tiene gracia como cuarenta.

—Como cien—dijo Popinot estupefacto.

El impaciente Gaudissart tomó el manuscrito y leyó en voz alta con énfasis:

—ACEITE CEFÁLICO.

—Yo preferiría llamarlo *Aceite Cesariano*—añadió Popinot.

—Amigo mío, tú no conoces á los provincianos. Hay una operación quirúrgica que lleva ese nombre, y son tan bestias, que creerían que ese aceite sirve para facilitar los partos, y para llevarlos de ahí á los cabellos habría demasiado trabajo.

—Sin querer defender el título que yo le he dado—dijo el autor,—le advertiré que *Aceite Cefálico* quiere decir aceite para la cabeza, y, por lo tanto, resume todas sus ideas.

—Veamos—dijo Popinot con impaciencia.

He aquí el prospecto, tal como lo recibe á millares hoy día el comercio. (*Otra pieza justificativa.*)

MEDALLA DE ORO EN LA EXPOSICIÓN DE 1819

ACEITE CEFÁLICO

Privilegios de invención y de perfeccionamiento

«Ningún cosmético puede hacer crecer los cabellos, ni ninguna preparación química puede teñirlos sin peligro para el cerebro. La ciencia ha declarado recientemente que los cabellos eran una substancia muerta y que no hay ningún agente que pueda impedir que se caigan ó que se encanezcan. Para evitar la xerasia y la calvicie, basta preservar á la bulba, de donde salen, de toda influencia exterior atmosférica y mantener la cabeza en el estado de calor que le es propio. El ACEITE CEFÁLICO, basado en los principios establecidos por la Academia de Ciencias, produce este importante resultado, el cual perseguían también los antiguos, como los griegos, los romanos y las naciones del Norte, cuyas cabelleras eran preciosas. Sabias investigaciones han demostrado que los nobles que se distinguían antiguamente por sus largas cabelleras, no empleaban más medio que este; únicamente que su procedimiento había sido perdido y hoy ha sido encontrado por A. Popinot, inventor del ACEITE CEFÁLICO.

»Conservar en lugar de provocar un estímulo imposible ó dañoso en la dermis que contiene las bulbas, es, pues, el objeto del ACEITE CEFÁLICO. En efecto: este aceite, que evita la exfoliación de las películas, que exhala un olor suave y que, por las substancias de que se compone, en las cuales entra como elemento principal la esencia de avellana, impide la acción del aire exterior sobre las cabezas, evita también los catarros, la cóliza y todas las afecciones dolorosas del encéfalo, conservando su temperatura interior. De este modo las bulbas que contienen los líquidos generadores de los cabellos no son nunca heridas por el frío ni por el calor. La cabellera, ese magnífico adorno que tanto aprecian los hombres y las mujeres, será conservada hasta edad

avanzada con ese brillo, esa firmeza y ese lustre que tanto encanto da á las cabezas de los niños, por las personas que empleen el ACEITE CEFÁLICO.

»LA MANERA DE SERVIRSE de él va unida á cada frasco y le sirve de envoltura.»

MANERA DE SERVIRSE DEL ACEITE CEFÁLICO

»Es completamente inútil untarse los cabellos. Esto es, no sólo una preocupación ridícula, sino una costumbre molesta, toda vez que el cosmético deja huellas en todas partes. Basta humedecer todas las mañanas una esponjita en el aceite, separarse los cabellos con el peine y humedecer su raíz de raya en raya, de manera que la piel reciba una ligera capa, después de haberse limpiado antes la cabeza con el cepillo y el peine.

»Este aceite se vende en frascos que llevan la firma del inventor para evitar toda falsificación, al precio de *tres francos* en casa de A. Popinot, calle de los Cinco Diamantes, barrio de los Lombardos, París.

»SE RUEGA EL FRANQUEO PARA LAS CONTESTACIONES.

»Nota.—La casa A. Popinot vende también los aceites de droguería, como esencia de azahar, aceite de áspid, aceite de almendras dulces, aceite de cacao, aceite de café, de ricino y otros.»

—Amigo, está perfectamente escrito—dijo el ilustre Gaudissart á Finot.—¡Por vida de...! ¡Qué manera de manejar los términos científicos y de irse derecho al grano! ¡Ah! le felicito á usted. ¡Esta es la literatura útil!

—¡Vaya un prospecto más hermoso!—dijo Popinot entusiasmado.

—Un prospecto cuyas primeras frases matan á Macassar—dijo Gaudissart levantándose con aire magistral para silabear la siguientes frases, que fueron acompañadas de gestos parlamentarios: No-hay-me-dio-de-ha-cer-bro-tar los cabellos. No-hay-me-dio-de-te-ñir-los-sin-pe-li-gro. ¡Ah! este es el éxito. La ciencia moderna está de acuerdo con las costumbres de los antepasados. No hay medio de entenderse

con los viejos y con los jóvenes. Si tiene uno que habérselas con un viejo, hay que decir: «¡Ah! señor, los antiguos, los griegos y los romanos, tenían razón y no eran tan tontos como quiere usted suponer». Si se habla con un joven, se le dice: «Amigo mío, un nuevo descubrimiento debido al progreso de las luces. ¡Cómo progresamos! ¿Qué no se ha de esperar del vapor, de los telégrafos y de otros? Este aceite es el resultado de un informe del señor Vauquelin». ¿Y si nosotros imprimiésemos un trozo de la memoria dedicada á la Academia de Ciencias que confirmase nuestros asertos? ¡Magnífico! Vamos, Finot, á la mesa. ¡Comamos las legumbres y bebamos el champagne por el éxito de nuestro joven amigo!

—Yo he pensado que había pasado ya la época del prospecto ligero y festivo—dijo el autor modestamente.—Ahora entramos en el período de la ciencia y se necesita un aire doctoral y un tono de autoridad para imponerse al público.

—Ese aceite dará resultado y ya me bullen los pies y la lengua. Tengo las comisiones de todos los que tratan en productos para los cabellos y nadie da más que el treinta por ciento. Dando nosotros el cuarenta, yo respondo de cien mil botellas en seis meses. Yo atacaré á los farmacéuticos, á los abaceros y á los peluqueros, y con tan buena comisión, se decidirán á embaucar al público.

Los tres jóvenes comían como leones, bebían como suizos y se embriagaban con el futuro éxito del *Aceite Cefálico*.

—Este aceite se sube á la cabeza—dijo Finot sonriendo.

Gaudissart agotó las diferentes series de equívocos acerca de las palabras *aceite, pelo cabeza*, etc. En medio de las risas homéricas de los tres amigos, á los postres, no obstante los brindis y los mutuos deseos de suerte, fué oído un aldabonazo que resonó en la puerta.

—¡Es mi tío!—exclamó Popinot.—Es capaz de venir á verme.

—¿Un tío?—dijo Finot.—Y no tenemos vaso.

—El tío de mi amigo Popinot es un juez de instrucción á quien respeto mucho porque me salvó la vida—dijo Gaudissart á Finot.—¡Ah! cuando uno se ha encontrado como

yo enfrente del patíbulo, donde ¡zas! y adios los cabellos—dijo imitando al fatal cuchillo con un gesto,—no puede uno menos de acordarse del virtuoso magistrado á quien se debe la dicha de conservar el canuto por donde pasa el vino de Champagne. Se acuerda uno toda la vida. Finot, usted no sabe si alguna vez necesitará al señor Popinot. ¡Por vida de...! hay que saludarle y mostrarse fino con él.

En efecto, el virtuoso juez de instrucción preguntaba á la portera por su sobrino.

Al conocer su voz, Anselmo bajó con una palmatoria en la mano para alumbrarle.

—Saludo á ustedes, señores—dijo el magistrado.

El ilustre Gaudissart se inclinó profundamente y Finot examinó al juez con ebria mirada y lo encontró un poco extravagante.

—Aquí no hay lujo—dijo gravemente el juez examinando el cuarto;—pero, hijo mío, para ser algo grande, hay que saber empezar por no ser nada.

—¡Qué hombre más profundo!—dijo Gaudissart á Finot.

—Un pensamiento de artículo—dijo el periodista.

—¡Ah! ¿está usted aquí, caballere?—dijo el juez de instrucción reconociendo al viajante.—¿Qué viento le trae?

—Señor, quiero contribuir con todas mis fuerzas á la fortuna de su querido sobrino. Acabamos de meditar sobre el prospecto de su aceite, y aquí tiene usted al autor de este prospecto, que nos ha parecido uno de los monumentos más hermosos de esa literatura de pelucas.

El juez miró á Finot.

—Este caballero es don Andoche Finot, distinguido literato que trata de política y de arte teatral en los periódicos del gobierno.

Finot tiró á Gaudissart del faldón de la levita.

—Bien, hijos míos—dijo el juez, que comprendió al oír estas palabras el aspecto de la mesa, donde se veían los restos de la comida.—Amigo mío—dijo el juez á Popinot,—visítete, que tenemos que ir esta noche á casa del señor Birotteau, á quien debo una visita. Al mismo tiempo podréis firmar el acta de sociedad, que yo he examinado cuidadosa-

mente. Como habéis de tener la fábrica de vuestro aceite en los terrenos del arrabal del Temple, opino que debe arrendarte el taller, porque las cosas bien en regla evitan discusiones. Pero, Anselmo, estas paredes me parecen muy húmedas y creo que debes poner paja en el sitio en que duermas.

—Dispense usted, señor juez de instrucción—dijo Gaudissart con toda la zalamería propia de un cortesano;—hoy hemos empapelado nosotros mismos y aun no está seco el papel.

—Vamos, sí, economías—dijo el juez.

—Escuche usted—dijo Gaudissart al oído á Finot.—Mi amigo Popinot es un joven virtuoso y se va á casa de su tío; pero nosotros podemos ir á pasar la velada á casa de nuestras primas...

El periodista enseñó el forro del bolsillo de su chaleco, y Popinot, que vió este gesto, le entregó veinte francos al autor de su prospecto... El juez tenía un coche en el extremo de la calle y se llevó á su sobrino á casa de Birotteau. Cuando tío y sobrino se presentaron, Pillerault, los señores Ragón y Roguín jugaban al *boston*, y Cesarina bordaba una manteleta. Roguín que estaba enfrente de la señora Ragón, á cuyo lado estaba Cesarina, notó el placer de la joven al ver entrar á Anselmo, y con una seña se lo indicó á su primer dependiente, el cual observó que estaba roja como la grana.

—¿Será hoy el día de las actas?—dijo el perfumista cuando el juez le indicó, después de saludarle, los motivos de su visita.

César, Anselmo y el juez se fueron al segundo piso á discutir el arriendo y el acta de sociedad redactada por el magistrado. El arriendo quedó hecho por diez y ocho años, á fin de que estuviere de acuerdo con el de la calle de los Cinco Diamantes, circunstancia esta mínima en apariencia, pero que más tarde favoreció mucho á los intereses de Birotteau. Cuando César y el juez volvieron al entresuelo, el magistrado, asombrado del desbarajuste general y de la presencia de los obreros en un domingo en casa de un hombre

tan religioso como el perfumista, preguntó la causa, que era precisamente lo que deseaba César.

—Señor, aunque usted no sea mundano, espero que no tomará á mal el que celebremos la libertad del territorio. Pero no es esto todo. Si reúno algunos amigos, es también para celebrar mi promoción para la orden de la Legión de honor.

—¡Ah!—hizo el juez, que no estaba condecorado.

—Tal vez me he hecho digno de este insigne y real favor formando parte del tribunal consular y combatiendo por los Borbones en los peldaños...

—Sí—dijo el juez.

—...De San Roque, el 13 de Vendimiario, donde fui herido por Napoleón.

—Con mucho gusto—dijo el juez,—y si mi mujer no está mala, la traeré.

—Crottat—dijo Roguín á su pasante,—no pienses de ningún modo en casarte con Cesarina, y dentro de seis semanas verás que te he dado un buen consejo.

—¿Por qué?—dijo Crottat.

—Querido mío, Birotteau va á gastar cien mil francos en el baile y empeña toda su fortuna en el negocio de los terrenos, á pesar de mis consejos. Dentro de seis semanas, esa gente no tendrá qué llevarse á la boca. Cásate con la señorita Lourdois, la hija del pintor decorador, que tiene trescientos mil francos de dote. Si tú me das únicamente cien mil francos al contado por la notaría, será tuya mañana.

Las magnificencias del baile que preparaba el perfumista, anunciadas al mundo por los periódicos, lo fueron de muy distinto modo en el comercio por los rumores á que daban lugar los trabajos de día y noche. Aquí se decía que César había alquilado tres casas, allí que hacía dorar los salones, más lejos que la comida contendría platos inventados *ad hoc*, que los negociantes no serían invitados, que la fiesta sólo era dada para los agentes del gobierno, y, con todo esto, el perfumista era severamente criticado por su ambición, hasta el punto de que se burlaban de sus pretensiones políticas y se negaba su herida. El baile engendraba más de una intriga

en el segundo distrito, y aunque los amigos estaban tranquilos, la exigencia de algunos conocidos era enorme. Todo favor atrae cortesanos, y hubo un buen número de gentes que dieron muchos pasos para lograr una invitación. Los Birotteau quedaron asustados del sinnúmero de amigos que tenían, á quienes no conocían. Aquel afán de concurrir á la fiesta asustaba á la señora Birotteau, la cual se iba poniendo más triste á medida que se aproximaba aquella solemnidad. En primer término, le confesaba á César que no sabía qué actitud tomar, y, por otra parte, le asustaban los innumerables detalles de semejante fiesta. ¿Dónde hallar el servicio de plata y la vajilla, y quién velaría por todo? Le rogaba á Birotteau que se pusiese á la puerta de las habitaciones y que no dejase entrar más que á los invitados, pues había oído decir cosas extrañas acerca de gentes que iban á bailes de sociedad sirviéndose de nombres de amigos. Diez días antes, cuando Braschón, Grindot, Lourdois y Chaffaroux, el contratista de la obra, hubieron afirmado que la habitación estaría dispuesta para el famoso domingo 17 de diciembre, hubo una conferencia risible por la noche después de comer entre César, su mujer y su hija, para formar la lista de los invitados y hacer las invitaciones que por la mañana le había enviado un impresor hechas con letra inglesa en papel de color de rosa.

—Cuidado que no olvidemos á nadie—dijo Birotteau.

—Si olvidamos á alguien, no se olvidará él—dijo Constanza.—La señora Derville, que no nos había visitado nunca, se presentó ayer aquí muy compuesta.

—Estaba muy guapa, me ha gustado—dijo Cesarina.

—Sin embargo, antes de casarse, era aún menos que yo, porque trabajaba en ropa blanca en la calle de Montmartre, donde hizo algunas camisas para tu padre—dijo Constanza.

—Bueno, comencemos la lista por las gentes más distinguidas—dijo Birotteau.—Escribe, Cesarina: Señores duques de Lenoncourt.

—¡Dios mío! César—dijo Constanza,—no envíes invitaciones á las personas que sólo conoces como parroquianos. ¿Irás á invitar á la princesa de Blamont-Chauvry, que es

aún más parienta de tu difunta madrina la marquesa de Uxelles que el duque de Lenoncourt? ¿Invitarás á los dos señores de Vandenesse, al señor de Marsay, al señor de Ronquerolles, al señor de Aiglemont y á todos tus parroquianos? Estás loco; las grandezas te han trastornado la cabeza.

—Sí; pero ¿y al señor conde de Fontaine y á su familia? ¡Oh! ese y el señor de La Billardiere venían á *La Reina de las Rosas* antes del 13 de Vendimiario y entonces eran los apretones de manos. «Mi querido Birotteau ¡valor! ¡Sepa usted morir como nosotros por la buena causa! Somos antiguos compañeros de conspiración.»

—Pónlos—dijo Constanza.—Si el señor de La Billardiere y su hijo vienen, es preciso que encuentren con quién hablar.

—Escribe, Cesarina—dijo Birotteau.—Primero, señor perfecto del Sena: vendrá ó no vendrá; pero manda el cuerpo municipal y á todo señor todo honor. Señor de La Billardiere y su hijo, alcalde. Mi colega el teniente alcalde señor Granet y su mujer. Es muy fea, pero es igual, porque no puede uno dispensarse de invitarla. Señor Curel, el platero, su mujer y sus dos hijas. Éste es coronel de la guardia nacional. Con esto ya están lo que yo llamo las autoridades. Ahora viene la aristocracia. Señores condes de Fontaine y su hija la señorita Emilia de Fontaine.

—Una impertinente que me hace ir á hablarle á la puerta de su coche en todo tiempo—dijo Constanza.—Si viene, será para burlarse de nosotros.

—Entonces, tal vez venga—dijo César, que quería gente á toda costa.—Continúa, Cesarina. Señores condes de Grandville, nuestros propietarios. ¡Ah! el señor de La Billardiere me consagra caballero mañana en casa del señor conde de Lacepede, y, por lo tanto, creo conveniente invitar al gran canciller á la comida y al baile. El señor Vauquelin. Pon baile y comida, Cesarina. Y para no olvidarlos pon á todos los Chiffreville y los Protez. Señores Popinot, juez del tribunal del Sena. Los señores Thirión, ujier del gabinete del rey, amigos de los señores Ragón, y su hija, que dicen que va á casarse con uno de los hijos del primer matrimonio del señor Camusot.

—César, no olvides al primo de Anselmo, á Horacio Bianchón, sobrino del señor Popinot—dijo Constanza.

—Sí, ya ha puesto Cesarina un 4 al lado de los Popinot. Los señores Rabourdin, jefe de las oficinas á las órdenes del señor de La Billardiere. El señor Cochín, del mismo ministerio, su mujer y su hijo, los comanditarios de Matifat y los señores Matifat y su hija..

—Los Matifat—dijo Cesarina—han recomendado á los señores Colleville y Thuillier, sus amigos, y á los Saillard.

—Ya veremos—dijo César.—A nuestro agente de cambio y á los señores Desmarests.

—¡Oh! esta será la más hermosa del baile: á mí me gusta más que ninguna—dijo Cesarina.

—Derville y su mujer.

—Pon también á los señores Coquelin, sucesores de mi tío Pillerault—dijo Constanza.—Ella, la pobre, tiene tal seguridad de ser invitada, que le ha encargado á mi costurera un traje de baile. Satín blanco por debajo y tela de tul bordada por encima. Si no invitásemos á éstos, nos echaríamos unos grandes enemigos.

—Pónlos, Cesarina; tenemos que honrar al comercio, porque pertenecemos á él. Los señores Roguín.

—Mamá, la señora Roguín se pondrá su collar de diamantes, todas sus joyas y su traje guarnecido de encajes.

—Los señores Lebás—dijo César,—y además el presidente del tribunal de comercio, su mujer y sus dos hijas. Me los había olvidado entre las autoridades. Los señores Lourdois y su hija. El señor Claparón, banquero. El señor de Tillet. El señor Grindot. El señor Molineux. Pillerault y su propietario, y los señores Camusot, comerciantes en seda, con todos sus hijos, el de la Escuela politécnica y el abogado, que va á ser nombrado juez gracias á su matrimonio con la señorita Thirión.

—Sí, pero en provincias—dijo Cesarina.

—El señor Cardot, suegro de Camusot, y todos los hijos de Cardot. Mira, y los Guillaume de la calle de Colombier, y el suegro de Lebás, y Alejandro Crottat, Celestino...

—Papá, no olvides á Andoche Finot y al señor Gau-

dissart, que son dos jóvenes muy amigos de Anselmo.

—¡Gaudissart! *ha estado preso*. Pero es igual. Se va dentro de algunos días á correr nuestro aceite: Ponlo. Respecto á ese Andoche Finot, ¿qué relaciones tenemos con él?

—Anselmo ha dicho que llegará á ser un gran personaje, porque tiene tanto ingenio como Voltaire.

—¡Un autor! ¡si son todos ateos!

—Ponle, papá; después de todo, hay pocos bailadores. Además, el prospecto de su *Aceite* lo ha hecho él.

—¡Ah! si cree en mi *Aceite* es otra cosa, hijita mía. Ponlo.

—Pongo también á mis protegidos—dijo Cesarina.

—Pon también al señor Mitral, mi alguacil, y al señor Houdry, nuestro médico, aunque éste no creo que venga.

—Sí, vendrá á hacer su partida—dijo Cesarina.

—¡Ah! César, espero que invitarás á comer al buen cura Loraux.

—Ya le he escrito—dijo César.

—¡Ah! no olvidemos á la cuñada de Lebás, á doña Agustina de Sommervieux—dijo Cesarina.—Según nos ha dicho Lebás, la pobrecilla está muy delicada y se muere de pena.

—¡He aquí lo que tiene el casarse con artistas!—exclamó el perfumista.—Pero mira tu madre como duerme. Bueno, ¿y el traje de tu madre?

—Sí, papá, todo está dispuesto. Mamá cree que no tiene más que un vestido como el mío, y la costurera está segura de que podrá hacérselo bien sin probárselo.

—¿Cuántas personas?—dijo César en voz alta al observar que su mujer abría los ojos.

—Ciento nueve, con los dependientes—dijo Cesarina.

—Y ¿dónde meteremos á toda esa gente?—dijo la señora Birotteau.—Pero, en fin, después de ese domingo vendrá un lunes.

Nada puede hacerse sencillamente tratándose de gentes que suben un peldaño social. Ni la señora Birotteau, ni César, ni nadie podía entrar con ningún pretexto en el primer piso. César había prometido á su mozo de almacén Raguet un vestido nuevo para el día del baile si ejecutaba bien su consigna

impidiendo la entrada á todo el mundo. Al igual que el emperador Napoleón en Compiègne cuando la restauración del palacio para su casamiento con María Luisa de Austria, Birotteau no quería ver nada parcialmente y deseaba gozar de la *sorpresa*. Estos dos antiguos adversarios se encontraron, pues, una vez más sin saberlo, no en el campo de batalla, sino en el terreno de la vulgaridad burguesa. El señor Grindot debía tomar á César por la mano y enseñarle la habitación como enseña un cicerone á un curioso una galería. Por otra parte, cada uno en la casa había inventado una sorpresa. Cesarina, la hija querida, había empleado los cien luses que constituían su tesoro en comprar libros á su padre. El señor Grindot le había confiado un día que pensaba hacer una biblioteca en el cuarto de su padre, la cual sería una sorpresa de arquitecto, porque formaría gabinete. Cesarina había derramado todas sus economías de soltera en el mostrador de un librero para ofrecer á su padre las obras de Bossuet, Racine, Voltaire, Juan Jacobo Rousseau, Montesquieu, Molière, Buffón, Fenelón, Delille, Bernardino de Saint-Pierre, La Fontaine, Corneille, Pascal, La Harpe, en fin, toda esa biblioteca vulgar que se encuentra en todas partes y que su padre no leería nunca. La factura de la encuadernación debía ser terrible. El inexacto y célebre encuadernador Thouvenin había prometido entregar los tomos el 16 á las doce del día. Cesarina había confiado sus apuros á su tío Pillerault, y éste se había encargado de la factura de la encuadernación. La sorpresa que preparaba César á su mujer era un traje de terciopelo color cereza guarnecido de encajes, el cual había sido objeto de conversación un momento antes entre él y su hija, que consintió en ser su cómplice. La sorpresa de la señora Birotteau al nuevo caballero consistía en un par de hebillas de oro y un solitario en alfiler. Finalmente había, para toda la familia, la sorpresa de la habitación, la cual debía ser seguida á los quince días de la gran sorpresa de las facturas á pagar.

César calculó maduramente qué invitaciones debían ser hechas en persona y cuáles llevadas por Raguet por la tarde. Después tomó un coche, metió en él á su mujer afeada con

un sombrero con plumas, y juntos hicieron veintidós visitas en una mañana.

César había evitado á su mujer las dificultades que ofrecía la casa para la confección de los diferentes comestibles exigidos por la fiesta, mediante un tratado diplomático con el ilustre Chevet. Éste pondría á su disposición un magnífico servicio de plata y serviría la comida y los vinos en unión de criados vestidos convenientemente, responsables todos de sus actos y de sus gestos. Chevet pedía la cocina y el comedor del entresuelo para establecer allí su cuartel general, y tenía que darse prisa para servir una comida de veinte personas á las seis y un magnífico ambigú á la una de la mañana. Birotteau se había entendido con el café de Foy para los helados, servidos en bonitas tazas, en bandejas de plata y con cucharas sobredoradas. Los refrescos corrían á cargo de Tarrade.

—No tengas cuidado—dijo César á su mujer al verla algo inquieta la antevíspera.—Chevet, Tarrade y el café de Foy ocuparán el entresuelo, Virginia guardará el segundo piso, la tienda estará bien cerrada, y nosotros sólo tendremos que ocuparnos del primero.

El 16, á las dos de la tarde, el señor de La Billardiere fué á buscar á César para llevarlo á la cancillería de la Legión de honor, donde debía ser recibido caballero por el señor conde de Lacepede, en unión de otros doce caballeros. El alcalde encontró al perfumista llorando de emoción: Constanza acababa de darle la sorpresa de las hebillas de oro y del solitario.

—¡Qué agradable es verse amado de este modo!—dijo al subir al fiacre, en presencia de sus dependientes, de Cesarina y de Constanza, quienes contemplaban á César con su calzón de seda negra, sus medias de seda y su nueva levita azul, en la cual iba á brillar la cinta que, según Molineux, estaba bañada en sangre.

Cuando César volvió á comer, estaba loco de alegría y miraba su cruz en todos los espejos, pues en los primeros instantes no se contentó con la cinta, y estuvo glorioso sin falsa modestia.

—Mujer mía, el señor canciller es un hombre excelente; ha aceptado mi invitación á instancias del señor de La Billardiere, y vendrá con el señor Vauquelin. Ha escrito cuarenta obras, siendo, á la vez, par de Francia y autor conienzudo. Es preciso que no nos olvidemos de llamarle Su Señoría ó señor conde.

—Pero, hombre, come—le dijo su mujer.—Tu padre es peor que un niño—dijo Constanza á su hija.

—¡Qué bien te sienta en el ojal la condecoración!—dijo Cesarina.—Te presentarán las armas, saldremos juntos.

—Me presentarán las armas donde quiera que haya gente armada.

En este momento bajaron Grindot y Braschón. Después de comer, el señor, la señora y la señorita podían gozar de la vista de las habitaciones, pues el primer dependiente de Braschón acababa de clavar en ellas algunos alzapaños y tres hombres encendían las bujías.

—Se necesitan ciento veinte bujías—dijo Braschón.

—Una factura de doscientos francos en casa de Trudón—dijo Constanza, cuyas quejas cesaron ante una mirada del caballero Birotteau.

—Señor caballero, la fiesta será magnífica—dijo Braschón.

Birotteau se dijo para sus adentros:

—Ya empiezan los aduladores. El cura Loraux me recomendó que no cayese en sus lazos y que permaneciese modesto. Procuraré no olvidar mi origen.

César no comprendió lo que quería decir el rico tapicero de la calle de San Antonio. Braschón hizo once tentativas inútiles para ser invitado con su mujer, su hija, su suegra y su tía, y al ver que no lo lograba, se convirtió en enemigo de Birotteau. En el umbral de la puerta no le llamaba más que señor caballero.

La repetición general comenzó. César, su mujer y Cesarina salieron por la tienda y entraron en su casa por la calle. La puerta de la casa había sido restaurada y ostentaba un gran estilo: tenía dos hojas, divididas en testeros iguales y cuadrados, en medio de los cuales se veía un adorno arquitectónico de hierro colado y pintado. Esta puerta, que se ha

hecho tan común en París, era entonces de gran novedad. En el fondo del vestíbulo se veía la escalera, dividida en dos pendientes rectas, entre las cuales se hallaba aquel zócalo que tanto preocupaba á Birotteau y que formaba una especie de caja donde podía albergarse una vieja. Este vestíbulo, embaldosado con mármol blanco y negro, estaba iluminado por una lámpara antigua de cuatro mecheros. El arquitecto había unido la riqueza á la sencillez. Una estrecha alfombra roja realizaba la blancura de los peldaños de la escalera. Un primer descansillo daba entrada al entresuelo, y las puertas de las habitaciones eran del mismo estilo que la de la calle, pero de madera.

—¡Qué bonito!—dijo Cesarina.—Y, sin embargo, no hay nada que atraiga la mirada.

—Precisamente, señorita, la gracia depende de las proporciones exactas entre los estilobatos, los plintos, las cornisas y los adornos. Después, yo no he dorado nada, y así los colores son sobrios y no tienen tonos chillones.

—Esto es una verdadera ciencia—dijo Cesarina.

Entonces todos entraron en una antesala de buen gusto, entarimada, espaciosa y sencillamente decorada. Venía después un salón con tres ventanas á la calle, blanco y rojo, con cornisas elegantemente contorneadas, con pinturas finas, donde nada resultaba chillón. Sobre una chimenea de mármol blanco, con columnas, se veía un adorno escogido con gusto que no tenía nada de ridículo y armonizaba con los demás detalles. Finalmente, reinaba allí esa suave armonía que sólo saben lograr los artistas persiguiendo un sistema de decoración hasta los detalles más pequeños, armonía que los profanos ignoran, pero que no deja de sorprenderles. Una araña de veinticuatro bujías hacía brillar los cortinajes de seda negra, y el pavimento tenía un no sé qué de irritante que excitó á Cesarina á bailar. Un gabinete verde y blanco daba paso al despacho de César.

—He colocado aquí una cama—dijo Grindot abriendo las puertas de una alcoba hábilmente oculta entre las dos bibliotecas.—Usted ó su señora pueden caer enfermos, y así cada uno tiene su cuarto.

—¿Y esta biblioteca adornada de libros encuadernados? ¡Oh! ¡mujer! ¡mujer!—dijo César.

—No, esto es la sorpresa de Cesarina.

—Dispense usted la emoción de un padre—dijo César al arquitecto abrazando á su hija.

—Está usted en su casa, señor—dijo Grindot.

En este gabinete abundaban los colores oscuros, realzados por adornos verdes, pues las más hábiles transiciones de la armonía unían, una á otra, todas las piezas de la casa. Así, el color que formaba el fondo de una pieza servía de adorno á la otra, y viceversa. El grabado de Hero y Leandro brillaba en un testero en el despacho de César.

—Tú pagarás todo eso—dijo alegremente César.

—Esta hermosa estampa te ha sido regalada por Anselmo—dijo Cesarina.

También Anselmo se había permitido una sorpresa.

—Pobre muchacho, ha hecho como yo con el señor Vauquelin.

La habitación de la señora Birotteau venía después. El arquitecto había desplegado en ella magnificencias capaces de agradar á aquellas buenas personas á quienes quería dominar, pues había mantenido su palabra estudiando aquella restauración. La habitación estaba tendida de seda azul con adornos blancos, y el mueblaje era de casimir blanco con adornos azules. Sobre la chimenea de mármol blanco, el reloj representaba á Venus acurrucada en un hermoso bloc de mármol; una bonita alfombra de moqueta, y de estilo turco, unía esta pieza á la habitación de Cesarina, tendida en estilo persa y muy coqueta; un piano, un bonito armario con espejo, una camita con sencillos cortinajes y todos los pequeños muebles de que gustan las jóvenes, componían esta habitación. El comedor estaba detrás del cuarto de César y del de su mujer, se entraba en él por la escalera y había sido construido á estilo Luis XV, con su reloj de Boulle, las mesas de cuero y de concha, y las paredes tendidas con tela sujeta con clavos dorados. La alegría de estas tres personas no puede describirse, sobre todo cuando, al volver á su cuarto, la señora Birotteau encontró sobre su cama el vestido de ter-

ciopelo color cereza guarnecido de encajes que le ofrecía su marido, y que Virginia había llevado entrando de puntillas.

—Señor, esta habitación le hará mucho honor—dijo Constanza á Grindot.—Mañana por la noche tendremos en casa ciento y pico de personas, y recogerá usted los elogios de todo el mundo.

—Yo le recomendaré á usted—dijo César.—Verá usted *la cabeza* del comercio, y será tan conocido en una sola noche como si hubiese construído cien casas.

Constanza, conmovida, no pensaba ya en los gastos ni en criticar á su marido. He aquí por qué. Anselmo Popinot, joven en quien Constanza reconocía una gran inteligencia y medios, le había asegurado el éxito del *Aceite Cefálico*, en el cual trabajaba con un encarnizamiento sin ejemplo. El enamorado había prometido que, á pesar de la importancia de la cifra á que ascenderían las locuras de Birotteau, en seis meses esos gastos serían cubiertos con la parte que le correspondería en los beneficios reportados por el aceite. Después de haber temblado durante diez y nueve años, era tan dulce entregarse un solo día al placer, que Constanza prometió á su hija no amargar la felicidad de su marido con ninguna reflexión, y entregarse á ella por completo. Cuando, á eso de las once, les dejó el señor Grindot, Constanza se arrojó al cuello de su marido y vertió algunas lágrimas de consuelo, diciendo:

—¡César! ¡oh! me haces bien loca y feliz...

—Con tal que dure, ¿verdad?—dijo César sonriendo.

—Durará, ya no temo—dijo la señora Birotteau.

—¡Gracias á Dios!—dijo el perfumista—al fin me conoces.

Las personas bastante grandes para reconocer sus debilidades, confesarán que una pobre huérfana que diez y ocho años antes era primera dependienta en *El Marinerito*, y que un pobre aldeano venido de Turena á París con un palo en la mano, á pie y con zapatos herrados, debían estar orgullosos y felices de dar semejante fiesta por tan laudables motivos.

—Daría de buena gana cien francos porque ahora nos viniese una visita—dijo César.

—El señor cura Loraux—dijo Virginia.

El cura Loraux se presentó. Este sacerdote era entonces vicario de San Sulpicio. Jamás el poder del alma se reveló mejor que en este abate, cuyo trato dejó profundas huellas en la memoria de todos los que le conocieron. Su rostro ceñudo, feo hasta inspirar la desconfianza, se había sublimado con el ejercicio de las virtudes católicas: brillaba en él un esplendor celestial. Un candor infundido en la sangre disimulaba sus desagradables facciones, y el fuego de la caridad purificaba sus incorrectas líneas mediante un fenómeno contrario á aquel que lo había animalizado y degradado todo en Claparón. En sus arrugas se vislumbraban las gracias de las tres hermosas virtudes humanas: la Fe, la Esperanza y la Caridad. Su palabra era dulce, lenta y penetrante. Su traje era el de los sacerdotes de París, y llevaba á veces la levita de color marrón obscuro. Ninguna ambición había ocupado aquel corazón sencillo, aquel corazón puro, que debió haber sido llevado con su primitiva inocencia á Dios por los ángeles. Fué necesaria la suave violencia de la hija de Luis XVI para que el abate Loraux aceptase uno de los curatos más modestos de París. El sacerdote contempló con intranquila mirada todas aquellas magnificencias, sonrió á aquellos tres comerciantes encantados, y meneando su hermosa cabeza, dijo:

—Hijos míos, mi misión no es asistir á fiestas, sino consolar á los afligidos. Vengo á darle las gracias á don César, á felicitarles y á decirles que yo no quiero asistir aquí á más fiesta que á la boda de esta hermosa niña.

Al cabo de un cuarto de hora, el cura se retiró sin que el perfumista ni su mujer se atreviesen á enseñarle las habitaciones. Esta grave aparición enfrió algo la loca alegría de César. Cada uno tomó posesión al poco rato de los bonitos muebles y habitaciones que tanto había deseado. Cesarina desnudó á su madre ante un espejo de cnerpo entero, y al poco rato todos dormían soñando con los goces del día siguiente.

Llegó, por fin, el suspirado domingo. Después de haber ido á misa y á las vísperas, Cesarina y su madre empezaron

á vestirse á eso de las cuatro de la tarde, una vez que hubieron hecho entrega del entresuelo á los criados del fondista Chevet. Jamás traje alguno le estuvo mejor á la señora Birotteau que aquel vestido de terciopelo color cereza guarnecido de encajes y con mangas cortas. Sus hermosos brazos, frescos y jóvenes aún, su pecho de deslumbrante blancura, su cuello y sus hombros bien dibujados, estaban sumamente favorecidos por aquel rico traje y aquel magnífico color. El sencillo contento que siente toda mujer al verse en todo su esplendor, comunicó no sé qué suavidad al perfil griego de la perfumista, cuya belleza adquirió toda la finura de un camafeo. Cesarina, vestida de blanco, llevaba una corona de rosas blancas en la cabeza y un ramillete en el pecho; un chal cubría castamente sus hombros y su pecho. Popinot quedó admirado al verla.

—Esta gente nos humilla—dijo la señora Roguín á su marido mientras recorrían las habitaciones.

La notaria estaba furiosa al ver más guapa que ella á la señora de César, pues toda mujer sabe siempre á qué atenerse acerca de la superioridad é inferioridad de una rival.

—¡Bah! no durará esto mucho tiempo, y no tardarás en salpicar de barro á esa pobre mujer encontrándola á pie por las calles y arruinada—dijo Roguín en voz baja á su esposa.

Vauquelin estuvo sumamente amable y se presentó con el señor de Lacepede, su colega del Instituto, que fué á buscarle en coche. Al ver á la perfumista, los dos sabios la colmaron de cumplidos de estilo científico.

—Señora, debe usted poseer un secreto ignorado por la ciencia para permanecer joven y hermosa de ese modo—le dijo el químico.

—Señor académico, no olvide usted que le debemos parte de esta casa—dijo Birotteau.—Sí, señor conde—repuso dirigiéndose al gran canciller de la Legión de Honor.—Debo mi fortuna al señor Vauquelin. Tengo el honor de presentarle á Su Señoría el presidente del tribunal del comercio. El señor conde de Lacepede, par de Francia y hombre eminente que ha escrito más de cuarenta obras—le dijo á José Lebas, que acompañaba al presidente del tribunal.

Los convidados fueron puntuales, y la comida fué lo que suelen ser las comidas de los comerciantes, sumamente alegre, franca y amenizada con esas bromas de buena índole que siempre hacen reír. Los comensales honraron la excelencia de los platos y la bondad de los vinos. Cuando se trasladaron á los salones para tomar el café eran las nueve y media. Algunos coches empezaban á detenerse en la puerta conduciendo á las bailadoras más impacientes, y una hora después el salón estuvo lleno y el baile empezó á tener el aspecto de sarao. Los señores Lacepede y Vauquelin se fueron, con gran descontento de Birotteau, el cual les acompañó hasta la escalera suplicándoles en vano que se quedasen. Sólo logró hacer quedar al juez Popinot y al señor de La Billardiere. A excepción de las tres mujeres que representaban la aristocracia, la banca y la administración, la señorita de Fontaine y las señoras Jules y Rebaudín, cuya deslumbrante belleza, prendidos y modales contrastaban en aquella reunión, las demás mujeres ofrecían á las miradas toscos y sólidos prendidos y ese no sé qué de ordinario que comunica á las reuniones plebeyas un aspecto común, aspecto que hacía resaltar cruelmente la ligereza y gracia de aquellas tres mujeres.

La burguesía de la calle de San Dionisio se mostraba allí majestuosamente, y resultaba ser la misma que viste á sus hijos de lancero ó de *guardia nacional*, que compra *Victorias* y *Conquistas*, *El Soldado labrador*, que admira el *Convoy del pobre*, que se regocija el día de gran parada, que va los domingos á una casa de campo propia, que procura tener aires distinguidos y que sueña con los honores municipales; esa burguesía, en fin, que lo envidia todo y que, no obstante, buena, servicial, adicta, sensible, compasiva, que da su óbolo para los hijos del general Foy, para los griegos, cuyas piraterías desconoce, y para el Campo de Asilo en el momento en que no existe ya; esa burguesía que es víctima de sus virtudes y criticada á causa de sus defectos por una sociedad que no vale lo que ella, pues si tiene corazón, es precisamente porque ignora las conveniencias; esa virtuosa burguesía que cría hijos cándidos sujetos al trabajo y llenos de cua-